

## Memorialistas & Viajeros

### Laurence Sterne: “Viaje sentimental”

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

El *Viaje sentimental* de Laurence Sterne (1713-1768), cuyo título completo reza “*por Francia e Italia*” (aunque la parte de Italia nunca se publicó), es uno de los primeros libros de “viaje literario”. Podríamos calificarle así, aunque los académicos hablan más bien de “novela filosófica”. La obra ha servido de modelo para la configuración de un género narrativo que, desde entonces, y sobre todo en el siglo XIX, nunca dejó de tener cultores ilustrísimos. El título suena, desde ya, llamativo y sugerente, aunque no es nada de obvio. Como lo explica Sterne en el Prefacio (que no se halla al inicio del libro: he aquí una de las primeras extravagancias de un relato que, tomándose la misma libertad de un viaje, prefiere deambular sin las restricciones que imponen los géneros consagrados), existen diversas categorías de viajeros. Busca así identificar lo que llama “las causas eficientes y las causas finales” de largarse a viajar. Su catálogo identifica:

- Viajeros ociosos, que son empujados de su país natal hacia el extranjero (en sentido amplio) por tres motivos generales:
  - Enfermedad del cuerpo;
  - Imbecilidad de la mente;
  - Necesidad inexplicable de viajar.

“Las dos primeras”, dice Sterne, “comprenden a todos los que viajan por mar o tierra”. De la tercera causa, imposible de explicar, Sterne ahorra precisiones, incluyendo el medio de viaje. Los pertenecientes a este grupo de “viajeros ociosos” se dividen, a su vez, en:

- Viajeros inquisitivos o curiosos, que buscan algo, aunque no está muy claro qué;
- Viajeros embusteros, necesitados de ocultar alguna trasgresión;
- Viajeros soberbios, que viajan para mostrar su superioridad;
- Viajeros vanidosos, impulsados por el afán de jactarse de sus viajes;
- Viajeros melancólicos, por lo normal afectados de mal de amores.

A esos viajeros, podríamos llamarlos espontáneos, se agregan, según Sterne, los viajeros por necesidad, entre los cuales se hallan:

- Viajeros felones y delincuentes, tanto los castigados por la ley como los jóvenes trasladados obligadamente por sus padres o tutores a hacer estudios (o reformarse) en colegios o universidades lejos del hogar;
- Viajeros inocentes o infortunados: mártires, peregrinos o meramente seres destinados a ejercer su ministerio en lugares más o menos remotos;
- Simples viajeros, donde caben todos los que se desplazan por razones “económicas”, en busca de trabajo o ahorro;
- Viajeros sentimentales (como él), que lo hacen por el placer mismo de viajar.

Piensa Sterne que es importante reflexionar sobre ello. Dice: “Al lector le bastará –si, como supongo, también ha sido viajero–, mediante un poco de estudio y reflexión, determinar el lugar que le conviene en el anterior catálogo: lo cual, en todo caso, será un grado más en el camino del propio conocimiento, si es que todavía conserva, a estas horas, algún tinte o semejanza de lo que durante sus viajes adquiriera o manifestara”.

Haciéndose llamar Yorick (como el personaje de Shakespeare ante cuya calavera monologa Hamlet), Sterne mismo protagoniza el “viaje sentimental” de su libro. Se muestra un solapado humorista y despliega una continua aunque discreta obscenidad, aún siendo eclesiástico (o aprovechándose de ello). Damas y sirvientas del “continente” son sus presas, a las que conquista con su verba fácil y su encanto de inglés que se hace el extraviado. Un antecesor de James Bond y Austin Powers, vaya...

París es materia de algunos de sus página más picantes, aunque no todo se vuelve lubricidad sino también hay espacio para observaciones insólitas. Reflexiona sobre “la inexplicable frecuencia con que la naturaleza se entretiene en formar enanos. Se dijera que, eventualmente, no hay rincón del mundo donde no los produzca; pero en París, no parece haber término a sus diversiones. Allí la buena divinidad se muestra tan alegre como tiene por costumbre ser sabia... Pena da escribirlo: de cada tres, uno es pigmeo”. Sterne se divierte él mismo elucubrando una explicación científica, cuando todo lo que quiere señalar es la baja estatura del francés medio: “Un viajero algo médico lo explicaría como efecto de vendajes mal aplicados; un melancólico, lo achacaría a falta de aire; un viajero inquisitivo y curioso, a fin de justificar el hecho, se pondría a medir las dimensiones de las casas, así como la amplitud de las calles”.

El buen curita es un bromista irredimible. Y un contador de historias nato. Como es un viajero pobre, tiene sólo un sirviente, llamado La Fleur, leal y comprensivo, que le ayuda a conseguir cenas gratis, transporte módico y señoras complacientes. “Conseguí el coche a la hora prometida. La Fleur saltó a la parte trasera y yo le dije al cochero que arreara para Versalles por el camino más corto. Como no hubo nada en el camino, o mejor dicho, nada de lo que yo busco en los viajes, lo mejor para llenar este hueco será narrarles un cuento...”. Recurso cercano al que recurre Cervantes en el *Quijote*, influencia evidente en el presbítero Laurence Sterne, que lo menciona con frecuencia.

Nadie como Sterne ha expresado la alegría del viaje, cuando es efectuado con humor y saludable distancia, sin grandes expectativas, como viviendo una ficción, mostrándose siempre discreto. Es la lógica del “seductor que llega al borde de la cama”, que así suele pasar la mayor parte del tiempo. Lo cual también puede conllevar placer. Un consuelo...

